La priorización de la seguridad nacional en los análisis de frontera en Colombia: fuente de vulnerabilidades inexploradas

DOI: <https://doi.org/10.25062/9786287602489.16>

*Andrés Arturo Peña-Galindo**

Introducción

Pensar en fronteras es pensar en líneas divisorias imaginarias que dan cuenta de la existencia de alguna entidad política. Colombia existe, según esto, hasta donde comienzan a –o terminan de– existir sus vecinos, pero adicionalmente, Colombia existe porque no es algún otro Estado. Las fronteras son, entonces, puntos geográficos altamente estáticos que posibilitan la existencia a partir de la diferencia frente a otras entidades. De esa manera se suele entender y definir la frontera y a partir de allí se han gestionado las políticas de seguridad que implican. Sin embargo, dicha lectura responde a una mirada clásica que en la actualidad ha recibido diversas críticas.

En este escrito, mediante revisión de literatura, se llevará a cabo un recorrido teórico sobre seguridad, con énfasis en la seguridad respecto de las fronteras, que permita ampliar el panorama sobre el tema en cuestión. Además, el recorrido teórico posibilitará entender que las aproximaciones más tradicionales resultan limitantes y reproductoras de violencias y, por ello, obsoletas para atender los fenómenos dinámicos y complejos que significa analizar

* Profesor de tiempo completo de la Universidad El Bosque, Facultad de Ciencias Políticas, Grupo de Estudios Políticos y Jurídicos, en Bogotá. Doctor en Estudios Políticos e Internacionales de la Universidad del Rosario, politólogo, magíster en Asuntos Internacionales y especialista en Docencia Universitaria.

la frontera. Posteriormente, se explorará el caso colombiano en detalle para evidenciar que tanto desde la academia como desde los ámbitos políticos y sociales se han priorizado los enfoques convencionales, lo que ha generado efectos nocivos para seres humanos categorizados como anormales. Finalmente, se desarrollará una conclusión y una recomendación puntual en la que se invita a propiciar nuevas lecturas sobre la seguridad respecto de las fronteras, con el objetivo de evitar reproducir violencias que a hoy son poco exploradas.

La definición de fronteras desde la mirada convencional

Tradicionalmente la seguridad se ha trabajado como un fenómeno acorde a las lógicas enarboladas durante la Guerra Fría. Si bien la disciplina de las relaciones internacionales ha encontrado en el concepto en cuestión la razón de ser de sí misma¹, su desarrollo se ha concentrado en los principios clásicos cuyas preocupaciones gravitan sobre la defensa del territorio nacional. En el contexto de la confrontación entre el bloque soviético y el occidental, académicamente rigieron las argumentaciones de orden realista acerca de la política mundial, bajo las que se suponía un orden internacional configurado según los principios de la anarquía en el sistema (Banks, 1985; Guzzini, 2002). Con esa situación, los estudios referentes a la seguridad nacional revistieron importancia dentro de los debates disciplinarios, por más de que en dichas deliberaciones se abordaron, de manera excluyente, las perspectivas y problemáticas de regiones específicas, en las que sobresale Estados Unidos (Neuman, 1998). En lo referente a agentes con inquietudes sustentadas en otro tipo de experiencias y complejidades, tales como la presencia de autoridades imperiales y coloniales, o una mixtura entre dichos fenómenos y las preocupaciones habituales del momento (Kwon, 2010), los enunciados del enfoque realista y la atención convencional al tema de la seguridad tenían poco que brindar (Escudé, 1992).

Sin embargo, debido al rol predominante de los enfoques estadounidenses (Krippendorf, 1987; Hoffmann, 1991), las aproximaciones a la seguridad se generaron con un perfil puntual definido por las lecturas desarrolladas en la potencia norteamericana. Dos libros de Kenneth Waltz (1979; 2001) se establecieron como piedra angular para que la atención sobre la seguridad radicara en la seguridad del Estado, con supuestos que abordan a dicha entidad como una unidad cerrada, en la que sus dinámicas internas no son objeto de estudio. En ese sentido, un fenómeno tan complejo como el de seguridad se redujo al análisis de las amenazas que un sistema internacional regido por la anarquía significa para los países (Baldwin, 1995). Puntualmente, para el centro —en términos de la dicotomía centro/periferia—, pero

¹ De hecho, el origen de tal campo de estudio suele ubicarse temporo-espacialmente en 1919, en Gales, bajo premisas de lograr mejor entendimiento de la política mundial por parte de élites y población, para conseguir mayor seguridad en el escenario internacional (Knutson, 2018).

sobre todo para Estados Unidos, el peligro que simbolizaba la Unión Soviética desde el ámbito militar, pero también desde la economía y la ideología, se entendió como el punto de atención para los académicos que se preguntaron acerca de seguridad.

Lo anterior, debido a la preocupación que forjó la carrera armamentista –con el agravante de la tecnología nuclear–, se circunscribió a lecturas enmarcadas netamente en el aspecto militar (Buzan, 1997). Es más, como indica David Baldwin (1995), varios académicos que se preguntaron por temas políticos –esencialmente en el marco de la disciplina de las relaciones internacionales– desde el espectro militar, han aceptado que a partir de 1955 se inadvirtieron elucidaciones basadas en ídoles de otra naturaleza –no militares–, para concentrarse en los aspectos concernientes a la seguridad nacional. Bajo esa misma idea, Marc Trachtenberg (1989) sustenta que en Estados Unidos no se evidenció mayor interés en las huestes académicas por los estudios de seguridad sino hasta ya avanzada la década de los cincuenta, cuando se aceleró la doctrina de destrucción masiva debido a los desarrollos armamentistas.

En este punto, resulta importante traer a colación una investigación realizada por Ole Wæver (2012), en la que el académico danés diferencia la relación entre los estudios de seguridad y las relaciones internacionales dada en Europa y en Estados Unidos. Según Wæver, resulta interesante observar cómo los enfoques acerca de la seguridad estructuraron debates diferentes en los dos lados del Atlántico, incluso cuando emergieron de un campo de estudio dominado por el Estado norteamericano. El autor argumenta que las aproximaciones estadounidenses estudian la seguridad con centralidad en el aparato estatal y según los modelos del positivismo, lo que significó una concentración excluyente en la idea de la seguridad nacional, mientras que en Europa –señala Wæver– se desarrollaron lentes más críticos que son contradictorios y complejizan las problematizaciones reducidas a las amenazas del Estado a la hora de abordar la seguridad. No obstante, y a pesar del génesis de estas aproximaciones críticas, el contexto de la Guerra Fría precipitó un interés denotado respecto de los estudios de seguridad –razón por la cual el interludio entre 1955 y 1965 se entiende como la época dorada de los estudios de seguridad– en los marcos dictaminados por los principios de la seguridad nacional desarrollada en la escuela estadounidense (Buzan y Hansen, 2009).

A manera de ejemplo de la consolidación de la seguridad nacional como elemento único para los estudios de seguridad, basta con recordar el artículo que fue publicado de forma anónima en la revista *Foreign Affairs* (1947)², en el que se advertía sobre la política expansionista soviética. En el manuscrito, Kennan subrayó que dicha intención expansionista se transformaría en una amenaza a la seguridad estadounidense, desde una mirada absolutamente centrada en el Estado. Por esa razón aconsejaba a Washington instaurar medidas de

2 Años más adelante se conoció que George F. Kennan, quien para ese entonces laboraba en la embajada de Estados Unidos en Moscú y quien, además, previamente había intentado convencer a las élites políticas de su país respecto de los mismos puntos desarrollados en el artículo, fue el autor del texto.

vigilancia a la Unión Soviética en pro de la prevención. Frente a ello, Melvyn Leffler (2003) evidenció que las advertencias señaladas por Kennan resultaron por ser anexadas en el informe 68 del Consejo de Seguridad Nacional (NCS 68, por sus siglas en inglés)³, lo que resulta demostrando la primacía de los estudios de seguridad centrados en el Estado y propiciados por la academia en Estados Unidos.

De esa manera, tal y como sustentan tanto Stanley Hoffmann (1991) como Immanuel Wallerstein (1996), el aumento a nivel mundial de programas universitarios propagó la lectura estadounidense del fenómeno de la seguridad —y varios otros—, dado que particularmente allí se desarrolló el ejercicio académico-investigativo que revistió mayor legitimidad. Por ese motivo, las aproximaciones al concepto de seguridad se redujeron a los estudios centrados en la preocupación por la seguridad del Estado, al menos hasta la caída del muro de Berlín (Hough, 2004) cuando, en Estados Unidos, hubo una reconfiguración de sus amenazas (Wæver, 2012).

En ese entramado, la priorización de la seguridad nacional, al estar sustentada en la teoría realista de las relaciones internacionales, ha recogido idearios singulares sobre lo que significan las fronteras. Dichos idearios pueden encontrarse en diversas fuentes clásicas como los aportes de Tucídides, Nicolás Maquiavelo, Thomas Hobbes, etcétera. Allí, particularmente para la concepción de frontera, se resalta la conceptualización de *lebensraum* atribuida a Friedrich Ratzel, pero que según Matus Halas (2014) se produjo a partir de aportes de variados pensadores. De cualquier manera, el concepto en cuestión fue definido por Ratzel como la superficie geográfica necesaria para mantener viva a una especie, según su tamaño de población y modo de existencia en ese momento. En esa definición, la selección natural descrita por Charles Darwin cobraba importancia ya que el éxito se materializa en la consecución de elementos que permitan una mayor superficie geográfica, es decir, un mayor *lebensraum*.

En palabras de Woodruff Smith (1980, p. 53):

La adaptación de una especie a su entorno total conducía al éxito evolutivo y a la tendencia a la propagación. Sin impedimentos, una especie y su *lebensraum* se expandirían hasta cubrir el área de un círculo cada vez más amplio, pero en realidad la naturaleza y la dirección de la expansión estaban determinadas por la geografía de la superficie, los cambios ambientales y la confrontación con otras formas de vida. En cada uno de estos casos, se requería una mayor adaptación, y en el último caso tenía lugar la conocida lucha darwiniana por la existencia si la especie recién enfrentada requería los mismos recursos físicos. La historia de cualquier especie, incluida la del hombre, es, por tanto, la historia de sus patrones cambiantes de adaptación a su *lebensraum*. El principal medio de adaptación del hombre era la cultura, que Ratzel consideraba como tecnología, rasgos intelectuales y organización

3 Según Leffler, el NCS 68 es el documento de estrategia occidental más importante durante el periodo de la Guerra Fría.

social. Un Estado, por ejemplo, era simplemente el resultado de la adaptación de un pueblo concreto a un entorno. Por tanto, la forma que adoptaba un Estado o toda una cultura estaba condicionada por la relación con el *lebensraum* y la lucha por él. Ratzel apoyó estas conclusiones sobre los seres humanos citando lo que denominó procesos similares entre literalmente cientos de otras especies.⁴

Bajo tales principios –cuyo reconocimiento fue tan amplio que resultaron siendo la columna vertebral del discurso de la Alemania nazi–, la definición de frontera cobró un perfil particular. La frontera se equiparó al límite. Ello es, la concepción de que la frontera limita, es el punto final y define hasta dónde llega la existencia de lo propio –en este caso, del Estado propio–. Lo anterior es agravado por la necesidad –y justificación– de crecimiento territorial, que implica la reducción geográfica de un Estado más débil. A partir de dichas interpretaciones geopolíticas, y dada la primacía otorgada al realismo en las lecturas acerca de la política mundial, diversos Estados han venido definiendo sus estrategias fronterizas comprendiendo la existencia de los otros⁵ Estados como enemigos que limitan el crecimiento propio, en circunstancias que incluso pueden llegar a plantearse como una constante búsqueda por reducir y hasta hacer desaparecer al otro⁶.

Enfoques de transición

La concepción de seguridad nacional como fuente principal para entender las amenazas que, como se ha venido señalando, implican un entendimiento particular respecto de lo que significa frontera, ha venido sufriendo una serie de críticas una vez culminó la Guerra Fría. El informe sobre desarrollo humano de 1994 elaborado por el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) se reconoce como uno de los primeros documentos mediante los cuales se pretende virar la comprensión de la seguridad para atenderla más desde lo humano y menos desde el Estado. Tanto es así que en el documento se presenta la siguiente argumentación (p. 25):

El concepto de seguridad se ha interpretado en forma estrecha durante demasiado tiempo: en cuanto seguridad del territorio contra la agresión externa, o como protección de los intereses nacionales en la política exterior o como seguridad mundial frente a la amenaza de un holocausto nuclear. La seguridad se ha relacionado más con el Estado-nación que con la gente. Las superpotencias estaban trabadas en una lucha ideológica, librando una guerra fría en todo el mundo. Los países en desarrollo, que habían logrado su independencia sólo

4 Las traducciones de textos referenciados fueron realizadas por el autor de este capítulo.

5 Para discusiones centradas en la problemática que implica la diferenciación entre “otros” y “yo”, ver Todo-rov (1998), Inayatullah y Blaney (2004), y Peña-Galindo y Toca-Camargo (2021).

6 Los casos entre Israel y Palestina o Corea del Norte y Corea del Sur pueden tomarse como ejemplo de ello.

recientemente, tenían sensibilidad respecto de cualquier amenaza, real o percibida, a su frágil identidad nacional. Se dejaban de lado las preocupaciones legítimas de la gente común que procuraba tener seguridad en su vida cotidiana. Para muchos, la seguridad simbolizaba la protección contra la amenaza de la enfermedad, el hambre, el desempleo, el delito, el conflicto social, la represión política y los riesgos del medio ambiente. Al disiparse la penumbra de la Guerra Fría, puede verse ahora que muchos conflictos surgen dentro de los países más que entre ellos.

La invitación a transformar las lógicas con las que se venía entendiendo la seguridad implicó nuevas preguntas acerca de lo que significa una frontera. Los nuevos fenómenos en consideración resquebrajaron los límites propios del Estado-nación como entidad unitaria, para presentar problemáticas que una división geopolítica no puede contener. El hambre, las enfermedades, el desempleo, el delito, la represión política, el medio ambiente, etcétera, empezaron a ser estudiados como amenazas que se reproducen –entre otras cosas– mediante interconexiones que superan las fronteras de los Estados. Se resaltó, en esta nueva aproximación a la seguridad conocida como ‘seguridad humana’, la libertad no solo frente al miedo –que las perspectivas tradicionales atendieron desde la seguridad nacional– sino también frente a la necesidad, en cuyo análisis las fronteras estatales se hacen borrosas e incluso, para algunos autores⁷, desaparecen.

En ese sentido, desde diferentes sectores se han propiciado incentivos para relegar el respeto de las fronteras a la protección de los individuos. Principios como el de la “responsabilidad de proteger” (R2P, por sus siglas en inglés) que se caracterizan por sobreponerse a elementos como la soberanía de los Estados –factor incuestionable desde la óptica clásica de seguridad– han logrado resonancia a nivel mundial (Thakur y Weiss, 2009). Incluso dicha R2P ha llegado a ser catalogada como uno de los grandes avances a la hora de encontrar un camino concreto para abordar y prevenir las situaciones atroces contra la humanidad, otorgándole una “nueva”⁸ responsabilidad a los Estados (Staunton y Glanville, 2022).

Sin embargo, la seguridad humana también ha recibido críticas. En un principio, la pretensión fue ampliar el espectro de lo que significa seguridad, lo que implica –entre otras cosas– una reconceptualización de los fenómenos fronterizos, presentando cuestiones con mayor carácter global. Por tal motivo, desde perspectivas más convencionales se acusó a esta corriente de excederse en amplitud, es decir, de tratar un sinnúmero de problemáticas como temas de seguridad, lo que resulta en obstaculizar lecturas profundas sobre el concepto. Paralelamente, desde enfoques más recientes, la crítica a la seguridad humana

7 Por ejemplo, autores como Immanuel Wallerstein (1974; 1979; 2005) argumentan que la pobreza vivida en el tercer mundo se debe a la conexión fluida con los países del primer mundo –el autor llama a estas categorías periferia y centro, respectivamente– en la división internacional del trabajo.

8 Los autores acá citados critican el carácter novedoso de la R2P, de allí que la palabra aparezca entre comillas.

—y a las lecturas tradicionales— ha girado en torno a la construcción misma del concepto de seguridad. Tanto las aproximaciones más clásicas como la seguridad humana toman los fenómenos de seguridad como factores ya dados, sin preguntarse por el proceso mediante el cual un elemento se transforma —o no— en un problema de seguridad, lo que puede convertirse incluso en la legitimación del dominio del Norte global sobre el Sur global al priorizar unas amenazas sobre otras (Duffield, 2007).

A partir de lo anterior, pero manteniendo la consigna de superar las limitaciones acerca de la conceptualización de seguridad emanada en el contexto de la Guerra Fría, en la que las fronteras se redujeron al punto geográfico divisorio entre Estados, surgieron nuevas aproximaciones sobre dicha conceptualización respecto de la seguridad. De esa manera, emanó la securitización en la escuela de Copenhague, mediante la cual se transformó la concepción de seguridad como elemento dado —propio de las aproximaciones tradicionales desarrolladas en el contexto de la Guerra Fría y la seguridad humana— para analizarlo como un proceso (Wæver, 1995). Ese proceso —que es descrito por Barry Buzan, Ole Wæver y Jaap de Wilde, quienes son los autores creadores de la securitización—, consiste en que el actor securitizador —que hace parte de la élite política— identifica y atribuye una amenaza a un objeto referente particular que previamente era un asunto apolítico o una preocupación no política; posteriormente, se enarbola una narrativa que conecta amenaza y objeto, pretendiendo eliminar la amenaza; para que, finalmente, el mensaje llegue a la audiencia. Si algún sector acepta el mensaje, la securitización es efectiva y se autorizarán las medidas excepcionales. Si no se acepta el mensaje, las medidas excepcionales pretendidas no tendrán legitimidad y no se efectuará la securitización (Buzan, Wæver y de Wilde, 1998).

Como se puede detallar, uno de los aportes irruptores del enfoque en cuestión radica en el lenguaje como estructurador de los fenómenos de seguridad. En palabras de Arlene Tickner (2020, p. 10):

Los discursos o actos del habla constituyen el vehículo principal mediante el cual un fenómeno específico se securitiza. Al pronunciar la palabra “seguridad”, un actor securitizador, generalmente un representante del Estado, declara que este plantea un riesgo excepcional y reclama el deber y el derecho de hacer todo lo que sea necesario para confrontar la amenaza. El “movimiento securitizador” se da entonces cuando un asunto que no se pensaba en clave de la seguridad comienza a ser referido como tal por parte de actores políticos relevantes.

El énfasis recae, entonces, en la idea de que el lenguaje no describe —la seguridad y sus fenómenos— sino que el lenguaje crea —la seguridad y sus fenómenos—⁹.

⁹ Esa premisa es el argumento central que desde la filosofía del lenguaje defienden pensadores como John Austin y Ludwig Wittgenstein, en contraposición a las ideas positivistas del Círculo de Viena. Para más sobre ese tema, ver Austin (1990).

No obstante, más allá del aporte que significó la securitización, en términos de abordar la seguridad como una construcción y no como elementos dados, también fue receptora de críticas. Desde variadas aproximaciones, pero con contundencia desde el feminismo (Hansen, 2000), se señaló la idea de que el proceso de securitización partiera exclusivamente de las élites como un vacío en los análisis acerca de lo que el concepto engloba y significa. Dar por sentado que dichas élites son el actor principal en el proceso, reduce la posibilidad de gestar lecturas críticas que cuestionen cuáles actores han gozado de la legitimidad a la hora de definir la seguridad y por qué. En ese sentido, si bien la concepción de frontera gozó de mayor diversidad, tal diversidad se mantuvo ligada a las pretensiones de las élites políticas. Es decir, por más de que el abordaje a la frontera –gracias a estas nuevas aproximaciones– trascendió del simple punto geográfico limítrofe, su alcance estuvo reducido a los elementos que desde las élites políticas optaron por incluir en las agendas nacionales.

Nuevas aproximaciones: la frontera como fenómeno complejo

Efectivamente, a partir de las críticas tanto a la seguridad humana como a la securitización –y, lógicamente, a las perspectivas más convencionales– emergieron diversos enfoques con nuevas miradas acerca de la seguridad. Dentro de estos se destacan el poscolonialismo (Bar-kawi y Laffey, 2006), interesado en señalar la marginalización de las voces no occidentales a la hora de definir los elementos de la seguridad y denunciar que dicha definición, al estar exclusivamente en manos occidentales, ubica a lo no occidental como amenaza (Said, 1995). Así mismo, la escuela de Aberystwyth (Booth, 2007), que asemeja la seguridad a estar emancipado en cuanto concibe que la seguridad se logra cuando el individuo se libera de las diversas coerciones –de variadas naturalezas– que lo aquejan. Igualmente, desde el feminismo (Hutchings, 2008) se han esgrimido críticas al carácter masculinizado con el que se ha entendido la seguridad. En definitiva, han sido numerosos los enfoques críticos que se han preocupado por revisar la manera en que se ha venido estudiando la seguridad y sus cuestiones.

Sin embargo, es la escuela de París la que se ha encargado de analizar la seguridad con un hincapié particular en los asuntos sobre frontera y sus complejidades. La mencionada escuela de París, junto con varias otras aproximaciones críticas contemporáneas, parten de ideas posestructuralistas, cuya piedra angular radica en el principio del lenguaje como constructor de realidad que también se rescata en la securitización de la escuela de Copenhague. En palabras de Columba Peoples y Nick Vaughan-Williams (2021, p. 96):

En las últimas cinco décadas, los estudiosos de la seguridad crítica, inspirados en el pensamiento posestructuralista, han puesto de relieve la política del lenguaje, la interpretación y la representación en la construcción de las nociones de peligro, amenaza e identidad en la

seguridad internacional, y han prestado especial atención a los modos de violencia y exclusión provocados por estas prácticas. Tras los atentados del 11 de septiembre de 2001 contra el World Trade Center y el Pentágono [...], estos trabajos han proliferado en muchas direcciones, incluyendo el análisis de los discursos sobre el excepcionalismo y el riesgo, los debates sobre “libertad” y “seguridad”, las prácticas de seguridad como técnica de gobierno, el funcionamiento contemporáneo del poder soberano, la producción de subjetividades políticas racializadas y la cuestión de la materialidad de la seguridad. En el mismo periodo, también se ha desarrollado un enfoque de la seguridad más orientado a la sociología –a menudo relacionado con los teóricos asociados al “giro posestructural”– que sigue generando agendas de investigación vivas y estimulantes dentro de los estudios críticos de seguridad. Mientras que el posestructuralismo, en su día, se consideraba marginal para el estudio de la seguridad, ha ido adquiriendo cada vez más importancia a nivel internacional, aunque no ha estado exento de críticas.

En términos generales, el posestructuralismo es una corriente de pensamiento que engloba un gran número de autores (Fagan, 2013) preocupados por el poder inmaterial que se naturaliza mediante representaciones de ideas universalistas. En ese sentido, el interés desde el posestructuralismo radica en estudiar el lenguaje y la construcción de significados como productores de realidades que suelen naturalizarse –y en ello, universalizarse– marginalizando otras perspectivas. La lógica reside en comprender que los discursos –que no se limitan a los actos del habla, sino que trascienden a la producción de prácticas advertidas como legítimas– están dotados de la capacidad de construir subjetividades y, en ello, ejercer poder (Tickner, 2020).

Obviamente, el lenguaje resulta ser un punto central para los análisis posestructuralistas, por lo que tanto Austin como Wittgenstein –autores referenciados previamente– reaparecen con fuerza. Junto a esos pensadores se rescatan los aportes de otros cuantos como, por ejemplo, el lingüista, semiólogo y filósofo suizo de mediados del siglo XIX Ferdinand de Saussure (1916)¹⁰, quien plantea una separación entre significante –sonido que se genera– y significado –la idea del objeto al que se referencia con el significante–, en la que tal significado cobra sentido dado que es diferente a otros en la estructura de la lengua. Por su lado, Jacques Derrida parte de la diferencia del significado expuesta por Saussure, pero desarrolla la (in) estabilidad que le otorga el pensador suizo. Para Derrida (2018), los significados son menos concretos, puesto que pueden variar según los contextos e interpretaciones.

La carencia de precisión que Derrida encuentra en los significados es lo que, según el autor, llevó a Occidente a propiciar binarios, ya que estos dotaban de mayor estabilidad a la estructura lingüística (Attell, 2009). No obstante, tales binarios, sustenta el filósofo francés, son

10 Su famoso texto *Curso de lingüística general* fue recopilado y publicado por algunos de sus estudiantes después de su muerte.

presentados jerárquicamente, lo que significa que por más que un término dependa de otro para su misma existencia, uno de los dos va a gozar de un estatus superior. De hecho, más allá de la supremacía, el término que reviste de superioridad depende de su ‘opuesto’ marginalizado. Lo anterior se traduce en implicaciones éticas y políticas (Peoples y Vaughan-Williams, 2021), sobre todo por la identidad creada para los agentes definidos –en binarios– como inferiores tras la normalización y aceptación de algunas conductas en detrimento de otras (Butler, 2004). En ese marco, la seguridad se entiende como un proceso discursivo en el que, dentro de otras cosas, se le da una identidad particular, diferenciada e inferior –sobre todo desde la perspectiva del Norte global– al agente que las fronteras delimitan como exterior, pero esto se hace también para que lo propio –intrafronterizo– tenga sentido.

Además de Saussure y Derrida, Michel Foucault resulta fundamental para los estudios posestructurales sobre la seguridad (Bonditti, 2017; Aradau y Neal, 2018). El filósofo, historiador, sociólogo y psicólogo francés, también atendió el problema de las normalizaciones. Según él (2014, p. 82), la “verdad” depende del contexto social, económico e histórico, así que lo que se forma son regímenes de verdad en los que lo que se considera cierto no lo es en sí mismo, sino por una aceptación y validación externa determinada por relaciones de saber y poder, en donde los discursos –entendidos como una serie de prácticas y representaciones de poder– juegan un papel predominante. En ese sentido, en Occidente, dada la modernidad, se han establecido regímenes de verdad sustentados en la ciencia –precisamente, ciencia occidental– que han terminado por definir la identidad propia de cada individuo y lo han convertido en un sujeto obediente (Lorenzini, 2016). La propuesta desde Foucault radica, entonces, en develar los elementos subyugados en el régimen de verdad dominante que, en términos de seguridad, implicaría formas alternativas de abordar conceptos como el de las fronteras.

A partir de los aportes señalados, el posestructuralismo sirvió de fuente para análisis propios de las relaciones internacionales y la seguridad. Académicos como Richard Ashley (1981; 1984), James Der Derian (1989; Der Derian y Shapiro, 1989), Simon Dalby (1988) y R. B. J. Walker (1993) se encargaron de vincular las aproximaciones posestructuralistas a la disciplina. Principalmente, las críticas se dirigieron a los enunciados del realismo estructural –teoría central para la comprensión de las fronteras desde la mirada tradicional expuesta anteriormente–, para demostrar el uso de dicotomías que pretendieron dar cuenta de un sistema internacional inmutable. Bajo ese orden de ideas, el posestructuralismo sirvió para redefinir las lógicas con las que las fronteras se habían venido abordando.

Poco tiempo después de la finalización de la Guerra Fría, David Campbell publicó el texto *Writing security: United States foreign policy and the politics of identity* (1992) en el que resalta, desde el posestructuralismo, el papel de la diferencia en la construcción de identidades y la construcción del riesgo o el peligro a partir de ello. Para Campbell, la diferencia se ha convertido en un asunto ineludible en los procesos mediante los que se configuran las

identidades y allí las fronteras cumplen un rol determinante, ya que sirven para definir un 'interior' gracias a la contraposición de un 'exterior', lo que se resume en la creación de un 'yo' compuesto por la creación de un 'otro' diferente. En ese entramado, adicionalmente, se construyen las nociones de peligro según las identidades que se establezcan sobre 'otros' diferentes. Campbell, en el libro reseñado, realizó un estudio sobre cómo Estados Unidos, en su rol dominante, ha sido capaz de configurar a nivel mundial distintas identidades de 'otros' para definirlos como peligrosos —entendiendo que el peligro es de diversas naturalezas—.

A partir de lo anterior, durante la Guerra Fría tanto el comunismo como la Unión Soviética se asociaron a la categoría de peligro. En ese sentido, fenómenos locales que no tenían mayor relación con el bloque antagonista, como el desempleo, las demandas de los movimientos sociales y los bajos salarios se equipararon a las amenazas reconocidas en el exterior para deslegitimarlos bajo el señalamiento de 'rojos', 'sucios', 'subversivos', 'extranjeros', etcétera. Las amenazas a la seguridad y la seguridad misma, entonces, más que elementos dados son una construcción en la que el discurso juega un rol fundamental, tal y como se argumentó desde la escuela de Copenhague con la securitización, pero en este caso —dentro de otras cosas— de una manera más descentralizada y con una concentración particular acerca de lo que significa ser un 'otro' reproducido por ideas de frontera.

En consonancia con la propuesta crítica de Campbell, el autor R. B. J. Walker también hace un aporte significativo al tema puntual de las fronteras en el estudio de la seguridad desde el posestructuralismo. Peoples y Vaughan-Williams (2021, p. 103) lo resumen de la siguiente manera:

En su obra *Inside/Outside: International Relations as Political Theory* (1993), R.B.J. Walker sostiene que las teorías de las relaciones internacionales son menos interesantes por los análisis que proporcionan que como reflejo de las formas en que intentamos dar sentido —e intentamos resolver— los misterios de la existencia humana. En el centro de estos intentos de resolución en la teoría de las relaciones internacionales se encuentra el concepto de soberanía. Para Walker, la soberanía no es un hecho natural. Más bien, es una construcción histórica que surgió en el siglo XVII como un principio para organizarnos políticamente. En concreto, resuelve la paradoja de nuestra doble identidad, como ciudadanos de una humanidad común universal y como ciudadanos de estados nacionales particulares. El principio de soberanía, según Walker, se basa en una distinción espacial y temporal entre el interior y el exterior. Espacialmente, se traza una línea entre el interior de la comunidad política, asociada a la seguridad y la amistad, por un lado, y el exterior de lo internacional, asociado a la anarquía, la inseguridad y la enemistad, por otro. Temporalmente, esta demarcación proporciona la condición de posibilidad para las aspiraciones hacia la justicia, la democracia y el "progreso" dentro de los límites del Estado, en comparación con la perspectiva inmutable del conflicto, la barbarie y la guerra entre Estados. A través de diferentes prácticas discursivas, por ejemplo, en el ámbito de la política exterior y el derecho internacional, se reproduce la

dicotomía dentro/fuera, creando así el efecto de la soberanía y la sensación de estabilidad. Según Walker, las teorías convencionales de las RR. II. se basan en esta lógica de dentro/fuera, pero no la reconocen, lo que sirve para rearmar los límites de la imaginación política moderna.

Por su parte, William Walters (2006) se encargó de traer los argumentos de Foucault para el estudio de las fronteras como un tema de seguridad. Walters aduce que Foucault es útil para abordar el gobierno de las fronteras en términos no estructurales o institucionales limitados a la idea de Estado, que son propios de las aproximaciones convencionales, sino desde prácticas, esquemas y espacios concretos. En ese sentido, y en concordancia con el análisis realizado por Walker, la centralidad en el abordaje de las fronteras no recae en los territorios controlados por los Estados que reclaman su soberanía, sino por los regímenes de movilidad que se gestan sobre ellas, las formas de comprender la libertad y sus restricciones como, por ejemplo, se da en las políticas de visados (Bigo, 2017). La contribución desde Foucault se encuentra en las formas de gobierno modernas que trascienden tanto la prohibición directa, como el disciplinamiento de los cuerpos, para concentrarse en la producción de libertades. El movimiento transfronterizo resulta ser una de esas libertades producidas que invita a pensar en el control sobre 'dejar pasar' como una nueva herramienta marginalizante para quienes no cumplen con estándares particulares impuestos, normalizados y universalizados.

Bajo esa línea, Didier Bigo (2008) reconceptualiza las fronteras. El autor se aleja de la división tradicional que delimita un orden interno establecido bajo términos hobbesianos, en el que el control y uso legítimo de la fuerza recae sobre las instituciones estatales –allí se consolida un modelo en el que la figura de la policía cumple un papel particular y fundamental– y un orden internacional caracterizado por la anarquía, en el que se resalta el equilibrio de poder de los ejércitos (Mearsheimer, 2001). Bigo se refiere, entonces, a una deconstrucción –en términos de Derrida– del concepto de frontera, en el que instituciones gubernamentales y no gubernamentales, policía, ejército, profesionales privados, conforman un gremio transnacional de burócratas, en un campo globalizado, que trastoca las lógicas adentro/afuera, para establecer ciudadanos mundiales normalizados y –con ello– otros identificados como anormales. Lo anterior, según el autor, se materializó con contundencia después del 11 de septiembre de 2001, cuando los actores de seguridad comenzaron a infundir inseguridades como técnicas de gobierno. Así, los regímenes liberales logran justificar y hacer ver como necesarias ciertas medidas antiliberales, sobre todo en la contención de extranjeros que no cumplan con el estándar de ciudadano 'normal'.

En su explicación, Bigo subraya que la seguridad siempre tiene que ver con el sacrificio, en cuanto la seguridad de algunos implica necesariamente la inseguridad de otros. Por tal motivo, seguridad e inseguridad no son polos opuestos, pero sí elementos interdependientes sobre los cuales no se puede esperar la eliminación absoluta de alguno. En ese sentido, la deconstrucción de las fronteras presenta una nueva dicotomía sustentada en la globalización, en la

que la diferencia ya no se da entre interno/externo, sino entre ciudadano normal –que puede provenir de varias partes del mundo, pero que se encarna mayoritariamente en el hombre occidental– y anormal. Ello implica repensar las fronteras en cuestiones de seguridad, tal y como se viene haciendo con otros fenómenos como la violencia (Chenoweth y Lawrence, 2010; Jara Marlés y Reyes Guzmán, 2017), la paz (Hinton, Shani y Alberg, 2019; Ware y Ware, 2022), la guerra (Mcsorley, 2015), etcétera.

Así las cosas, esta nueva conceptualización de frontera se aparta tanto de las miradas más tradicionales como de la securitización, para llamar la atención sobre fenómenos vigentes que no gozan de la atención suficiente, lo que termina por reproducir efectos nocivos hacia algunos seres humanos. Frente a la securitización, invita no a pensar en la producción de seguridad sino en las inseguridades que el discurso securitizador crea. Es decir, se trata de una propuesta ‘insecuritizadora’ que pretende dar cuenta de los daños causados en el proceso. Respecto de las lecturas más convencionales, se distancia del Estado-centrismo para darle prioridad a una gama más amplia de actores –y de manera mucho más fluida– sobre los que el mismo Estado y también los actores de la sociedad civil pueden llegar a ser fabricantes de inseguridad. La pregunta por atender, entonces, no gira en torno a un elemento dado, sino que se puede plantar como ¿quién está produciendo discursos de seguridad –que por la naturaleza misma del fenómeno repercuten en inseguridad–, hacia quién, con qué consecuencias?

En palabras de Tickner (2020, p. 13):

En el periodo posterior a los ataques terroristas del 11 de septiembre de 2001 en Estados Unidos, los estados de excepción han sido otro de los tópicos de mayor atención posestructuralista. Basándose en los análisis de Giorgio Agamben¹¹ se ha buscado mostrar cómo los estados de excepción se han vuelto la norma en el mundo contemporáneo para hacer frente a distintos retos de seguridad. Estos consisten en la generación de discursos y narrativas por parte de autoridades estatales que ponen a distintos grupos humanos en una situación de indeterminación en relación con la normativa internacional y nacional [...]. Ejemplo de ello son los centros de detención como Guantánamo y los campamentos de refugiados que han aparecido en toda Europa, en los cuales tanto prisioneros acusados de terrorismo como migrantes carecen de estatus político y legal. Empero, los presos políticos, desaparecidos, víctimas de tortura y desposeídos evidencian la misma condición de indeterminación y ambigüedad. Agamben describe estas situaciones en términos de nuda vida (*bare life*) o una forma de vida reducida a su simple hecho biológico sin consideración alguna de su calidad.

Las condiciones de nuda vida que referencia Tickner de Agamben no suelen ser tan recurrentes en el Norte global, más allá de su creciente exposición desde los atentados de septiembre

11 La autora cita puntualmente: (Agamben, 1998).

de 2001. No obstante, las condiciones de los Estados del Sur global, en donde sobresalen las carencias institucionales y pululan nudas vidas, hacen de esas zonas unas que requieren aproximaciones particulares para ser estudiadas. Sobre ello, resulta necesario no perder de vista que, si bien Agamben se centra en los discursos y narrativas de agentes estatales para describir la producción de nudas vidas, las complejidades propias del Sur global invitan a pensar en que tal creación se da desde una gran diversidad de actores, incluso –en algunos casos– combatidos por el mismo Estado.

De cualquier manera, lo que salta a la vista es la necesidad de generar lecturas acordes a las realidades del Sur global, ya que tales regiones se suelen analizar con los enfoques desarrollados en el Norte que no terminan por ser propicios (Neuman, 1998; Ayoob, 2019). Tal es el caso para los temas de frontera en el ámbito de seguridad, en los que los enfoques convencionales vienen gozando de centralidad. De allí la importancia de cambiar de paradigma a la hora de estudiar las fronteras y sus implicaciones en seguridad en países como Colombia, para priorizar enfoques como los posestructuralistas que dan cuenta de fenómenos propios de tal país¹².

Seguridad de fronteras en Colombia

En Colombia, las fronteras se han entendido desde los prismas más convencionales. Tanto es así que en un estudio realizado por Oscar David Melo Estrada y Ángela María Hernández Moreno (2020), se proponen dos modelos posibles sobre el manejo de las fronteras en el tema de migración¹³. El primero de dichos modelos es la gobernabilidad migratoria, en el que se hace referencia a una lógica centrada en el Estado, la cual responde a los supuestos enarbolados desde las aproximaciones convencionales de frontera. Por su parte, el segundo modelo es la gobernanza migratoria, representada en una multiplicidad de actores de la sociedad civil, del mercado y públicos, irruptora del Estado-centrismo y de visión más compleja. Sin embargo, más allá de la irrupción reseñada, no se trata de un modelo que pueda asemejarse a los postulados posestructurales del estudio de la frontera, sino que a lo sumo encontrará coincidencias con la aproximación de la seguridad humana.

Lo que resulta más llamativo de la investigación de Melo Estrada y Hernández Moreno es que frente a un par de modelos de corte tradicional para entender la frontera, concluyen que Colombia ha priorizado el menos convencional de los dos –gobernanza migratoria–,

12 Sobre Colombia ya se han adelantado trabajos que indagan acerca de las particularidades de los fenómenos gestados en dicho país, sobre todo en temas de construcción de paz y manejo de violencia (Jara Marlés y Reyes Guzmán, 2017; Medina y Özmen, 2020).

13 El texto en cuestión aborda de manera puntual la migración venezolana.

pero lo hace no por actualizar las medidas en búsqueda de responder a problemas propios y vigentes del país, sino por la incapacidad de efectuar el primero. En su explicación, los autores argumentan que el desuso de la gobernabilidad migratoria se debe a las debilidades institucionales del país. Por más de que Colombia tiene experiencia con procesos de migración, dicha experiencia radica en migración interna —ya que hay un fenómeno recurrente de desplazamiento internado forzado (Camargo, Sampayo, Peña-Galindo, Escobedo, Carriazo y Feged-Rivadeneira, 2020)—, mientras que en las dinámicas actuales de migración venezolana sale a relucir aquella debilidad institucional, que resulta, entonces, respondida desde el modelo de gobernanza migratoria. En ese sentido, las denuncias enarboladas desde el posestructuralismo —materializadas en los argumentos de la escuela de París— no recaen de manera exclusiva sobre el aparato estatal y sus instrumentos, sino también en una multiplicidad de actores legales e ilegales.

En la actualidad, tal y como ocurre con el trabajo de Melo Estrada y Hernández Moreno, las relaciones con Venezuela y especialmente la migración hacia Colombia han revestido gran importancia dentro de los análisis sobre frontera en el segundo de esos países. Este fenómeno, atendido desde los análisis convencionales de frontera, termina por reproducir violencias estructurales que miradas posestructuralistas denuncian. Así que, a simple vista, se hace evidente la necesidad de virar hacia nuevos enfoques. Sin embargo, a pesar de lo evidente de la situación, Colombia —sobre todo desde el ámbito académico— parece enfrascada en modelos obsoletos que, como se subrayó previamente, no solo no responden a las especificidades del país, sino que además reproducen violencias propias de los ejercicios de otredad y de marginalización.

Muestra de la falta de recursos novedosos y del enfrascamiento en miradas obsoletas que, en últimas, lejos de solucionar las problemáticas resulta reproduciéndolas, es el señalamiento que Viviana García Pinzón y Jorge Mantilla (2021, p. 266) realizan:

En el marco de la tensa relación bilateral, acciones como el cierre de fronteras y los bloqueos al flujo transnacional de bienes y personas forman parte del repertorio de herramientas empleadas por los gobiernos nacionales. Es así como, en una decisión que sigue vigente, el gobierno bolivariano de Venezuela decidió cerrar la frontera en una supuesta maniobra de seguridad nacional contra los paramilitares colombianos y las bandas de contrabandistas en 2015. El control fronterizo por parte del Estado venezolano tuvo un impacto marginal en la disuasión de la inmigración irregular y la dinámica delictiva. Por el contrario, contribuyó a canalizar aún más los flujos de personas y mercancías a través de vías ilegales controladas por grupos armados no estatales. Estos grupos, a su vez, aprovecharon la oportunidad para reforzar su poder de regulación de las actividades transfronterizas y de control sobre la población migrante; todo ello con efectos directos y profundos sobre las prácticas socioespaciales y la (re)producción de la frontera.

La implicación del crimen organizado en las prácticas fronterizas y las complejidades de su relación con las particularidades espaciales de las tierras fronterizas son aspectos que siguen siendo poco explorados. Por un lado, las tierras fronterizas han sido marginales en la literatura sobre el crimen organizado. Las perspectivas canónicas plantean que los grupos de delincuencia organizada –GDO– erosionan las fronteras, amenazan al Estado y ponen en juego la soberanía territorial, por lo que deben considerarse una amenaza global para el orden mundial contemporáneo [...]. Por el contrario, otras investigaciones han demostrado que los GDO y otros actores armados no estatales, como las redes de contrabando, pueden desempeñar un papel clave en el proceso de construcción del Estado y en las capacidades de gobernanza a través de las fronteras [...], o incluso ser considerados proveedores de servicios dignos de confianza por quienes viven de los mercados ilegales [...]. A pesar de los avances en el análisis de la delincuencia organizada en los contextos de las zonas fronterizas, esta corriente de estudios carece de herramientas para teorizar sobre el análisis del espacio y las fronteras.

En esos marcos, la preocupación limitada al tema de seguridad nacional ha ganado la mayor atención. Así lo dejan ver Cipriano Peña Chivatá, Paola Alexandra Sierra-Zamora y Juan Carlos Hoyos Rojas (2019), al advertir que las fronteras se han convertido en un campo de acción para el terrorismo y el narcotráfico, lo que ha configurado a los espacios limítrofes como nichos para las nuevas amenazas que atentan contra la soberanía, el territorio y la seguridad del Estado. Los autores señalan que los procesos descritos se sufren en la actualidad, sobre todo, en la frontera que Colombia tiene con Venezuela, e invitan al uso de instrumentos de poder y defensa nacional para enfrentarlos. En su estudio, toman un fenómeno tan complejo, diverso y heterogéneo, y lo limitan a la visión Estado-céntrica, habitual en las miradas tradicionales, incluyendo un panorama descalificador hacia los gobiernos de izquierda a los que acusan de ejecutar políticas en búsqueda de la desestabilización.

Lo anterior no es más que una mirada obsoleta y reproductora de violencias sobre cuerpos marginalizados que se categorizan como ‘otros’ diferentes e inferiores, sustentada en el contexto de la Guerra Fría, pero traída a la actualidad bajo discursos encasillados en la priorización de la seguridad nacional. Los autores comprenden al migrante como el individuo ‘otro’ –ajeno al ciudadano colombiano– que implica la inestabilidad misma y la problemática social fronteriza, incluso señalan que desde Caracas se gestan estrategias de adoctrinamiento ideológico de comunidades indígenas, en lo que se revitaliza la idea de un ‘otro’ inferior que, por más de no ser de nacionalidad diferente, se caracteriza como ajeno por no cumplir con el estándar de ser humano establecido. La fiscalización de la frontera, entonces, se hace fluida, se aleja del espacio geográfico estático y se usa como fuente de marginalización y violencia sobre individuos perfilados como ‘otros’. Más delicado aún, la respuesta que Peña Chivatá, Sierra-Zamora y Hoyos Rojas instan, se encamina a fortalecer el poder material para enfrentar las amenazas surgidas de los procesos migratorios. La dificultad en ese aspecto radica en

que dichas amenazas corresponden a la visión limitada previamente descrita, pero agudizan la inseguridad sobre ciudadanos que Bigo cataloga como anormalizados¹⁴.

El trabajo referenciado es tan solo una muestra de una perspectiva dominante en el abordaje de las fronteras en Colombia. Tanto desde la academia, como desde el sector político, la primacía de la visión hobbesiana de la seguridad nacional ha implicado discursos y medidas que producen “insecuritización” sobre seres humanos ya marginalizados –migrantes, indígenas, etcétera–. Desde la Política de Defensa y Seguridad Nacional de Colombia de 2019 se hace evidente la situación. Dicha política indica que “se busca preservar y potenciar los intereses nacionales ante actores foráneos, al tiempo que promover la cohesión de la sociedad colombiana”¹⁵ (Ministerio de Defensa Nacional de Colombia, p. 5); los apartados subrayados dan cuenta del enemigo extranjero, es decir, del otro peligroso que no hace parte de la sociedad colombiana, sobre el que se crea una nueva frontera para presentarlo como diferente, anormal y enemigo. No obstante, es necesario resaltar que la crítica no invita a eliminar las acciones de seguridad desarrolladas en la frontera, sino a complejizar su abordaje para evitar reproducir otras problemáticas.

Para retomar el punto crítico, Mauricio Palma-Gutiérrez (2021) evidencia cómo –en el periodo 2015 a 2018– el discurso oficial en Colombia respecto de la migración venezolana se gestó en tres pilares relacionados entre ellos. El primero fue mostrar la dinámica migratoria como una actividad precaria, para lo que resultó importante el uso de imágenes de mujeres, viejos, niños y niñas en condición de absoluta vulnerabilidad. El segundo –central para los argumentos del presente capítulo– se trató de la irregularización del migrante venezolano, que lo estableció como sujeto de vigilancia y control. Finalmente, el tercero se gestó en los discursos de generosidad por parte del Estado colombiano. La irregularización expuesta en el segundo pilar es el ejercicio que el posestructuralismo invita a estudiar en detalle –sobre todo desde los debates académicos–, para dar cuenta de la violencia habitualmente ignorada a la hora de pensar en frontera.

Conclusión y recomendaciones

En Colombia, el abordaje al tema de frontera, en términos de seguridad, se ha llevado a cabo desde miradas tradicionales en las que se ha priorizado la lógica de seguridad nacional. La concentración en la defensa del Estado ha guiado a que, tanto desde análisis académicos, como desde políticas gubernamentales y relaciones de la sociedad, se construyan imaginarios

14 Si bien Bigo no emplea el término “anormalizado”, sí describe la construcción de una dicotomía entre normales y anormales –atendida anteriormente en este escrito–. Así que, al ser una construcción, no es problemático referirse a ese ámbito de la dicotomía en cuestión como una dinámica que anormaliza.

15 Subrayado por el autor de este capítulo.

particulares sobre algunos seres humanos, que terminan por producir el efecto contrario al buscado: incrementar su inseguridad. Se trata de procesos de anormalización, en los que se identifica a un otro como peligroso y sobre el cual –en aras de mantener la seguridad propia– deben recaer la vigilancia y el castigo del aparato estatal o de las acciones tradicionalmente conocidas como ‘justicia a mano propia’, auspiciado por la burocracia de seguridad que explica Bigo. La comprensión convencional de frontera termina por desnaturalizar a todo aquel que se considere diferente, incluso si es connacional –tal como se vio en el artículo de Peña Chivatá, Sierra-Zamora y Hoyos Rojas con los indígenas, pero incluso hacia miembros de la fuerza pública– pues la seguridad pasa a entenderse como la protección de quienes comparten unos valores y responden a una forma de ser y estar en el mundo que goza de legitimidad. Quienes viven sin dicha legitimidad son –en términos de Bigo– sacrificados.

Con lo anterior en mente, se hace necesario un cambio de paradigma. Ello implica que desde la academia se gesten debates acerca de la frontera a partir de ópticas vigentes, que permitan dar cuenta de las problemáticas y los daños que los enfoques convencionales reproducen, pero además que posibiliten nuevas lecturas, menos trasgresoras, del mismo concepto para la formulación de políticas con un componente ético.

La recomendación puntal dirigida a los académicos es, entonces, renovar los lentes analíticos para el estudio de la frontera puesto que, tal y como evidencia la investigación realizada por Palma-Gutiérrez, al estudiar la cuestión fronteriza desde aproximaciones posestructurales, surgen nuevos elementos a ser atendidos, como lo es el control político de los cuerpos.

En segunda instancia, la recomendación recae en la sociedad en general, para salir del enfrascamiento en la seguridad nacional, puesto que en Colombia –para presentarlo en contraposición con los argumentos de la securitización– no solo las élites han securitizado exclusivamente desde la otredad, lo que resulta en el proceso de anormalización denunciado. En definitiva, abordar la frontera de manera dinámica, fluida y compleja, será el primer paso para resolver los problemas que el entendimiento convencional del concepto –sustentado en la lógica de seguridad nacional– crea.

Referencias

- Agamben, G. (1998). *Homo Sacer: Sovereign Power and Bare Life*. Stanford: Stanford University Press.
- Aradau, C. y Neal, A. (2018). Introduction. En *Foucault and security studies: Beyond biopolitics?*, colección virtual de Security Dialogue (pp. 1-7). Recuperado de: <https://journals.sagepub.com/page/sdi/collections/virtual-collections/foucault-security-studies>
- Ashley, R. (1981). Political Realism and Human Interests. *International Studies Quarterly*, 25(2), 204-236.
- Ashley, R. (1984). The Poverty of Neorealism. *International Organization*, 38(2), 225-286.
- Attell, K. (2009). An Esoteric Dossier: Agamben and Derrida Read Saussure. *ELH*, 76(4), 821-846.
- Austin, J. (1990). *Cómo hacer cosas con palabras*. Barcelona: Paidós.
- Ayoob, M. (2019). Subaltern realism meets the Arab world. En S. Akbarzadeh (Ed.), *Routledge Handbook of International Relations in the Middle East* (pp. 59-68). Londres: Routledge.
- Baldwin, D. (1995). Security Studies and the End of the Cold War. *World Politics*, 48(1), 117-141.
- Banks, M. (1985). Where we are now. *Review of International Studies*, 11(3), 215-233.
- Barkawi, T. y Laffey, M. (2006). The postcolonial moment in security studies. *Review of International Studies*, 32(2), 329-352. doi:10.1017/S0260210506007054
- Bigo, D. (2008). Globalised (In)Security: The Field and the Ban-Opticon. En D. Bigo y A. Tsoukala (Eds.), *Terror, Insecurity and Liberty: Illiberal Practices of Liberal Regimes after 9/11* (pp. 20-58). Londres: Routledge.
- Bigo, D. (2017). Michel Foucault and International Relations: Cannibal Relations. En P. Bonditti; D. Bigo y F. Gros (Eds.), *Foucault and the Modern International: Silences and Legacies for the Study of World Politics* (pp. 33-56). Nueva York: Palgrave Macmillan.
- Bonditti, P. (2017). Introduction: The International as an Object for Thought. En P. Bonditti; D. Bigo y F. Gros (Eds.), *Foucault and the Modern International. Silences and Legacies for the Study of World Politics* (pp. 1-12). Nueva York: Palgrave Macmillan.

- Booth, K. (2007). *Theory of World Security*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Butler, J. (2004). *Undoing Gender*. Nueva York: Routledge.
- Buzan, B. (1997). Rethinking Security after the Cold War. *Cooperation and Conflict*, 32(5), 5-28.
- Buzan, B. y Hansen, L. (2009). *The Evolution of International Security Studies*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Buzan, B.; Wæver, O. y de Wilde, J. (1998). *Security: A New Framework for Analysis*. Boulder: Lynne Rienner.
- Camargo, G.; Sampayo, A. M.; Peña-Galindo, A.; Escobedo, E.; Carriazo, F. y Feged-Rivadeneira, A. (2020). Exploring the dynamics of migration, armed conflict, urbanization, and anthropogenic change in Colombia. *Plos One*, 15(11), 1-18. Recuperado de: <https://doi.org/10.1371/journal.pone.0242266>
- Campbell, D. (1992). *Writing security: United States foreign policy and the politics of identity*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Chenoweth, E. y Lawrence, A. (2010). *Rethinking violence: states and non-state actors in conflict*. Cambridge: MIT press.
- Dalby, S. (1988). Geopolitical Discourse: The Soviet Union as other. *Alternatives*, 13(4), 415-442. Recuperado de: <https://doi.org/10.1177/030437548801300401>
- Der Derian, J. (1989). *The boundaries of knowledge and power in international relations*. Lanham: Lexington Books.
- Der Derian, J. y Shapiro, M. (1989). *International/intertextual relations: postmodern readings of world politics*. Lanham: Lexington Books.
- Derrida, J. (2018). La fenomenología y la clausura de la metafísica: introducción al pensamiento de Husserl. *Investigaciones fenomenológicas: Anuario de la Sociedad Española de Fenomenología*, (15), 167-186.
- Duffield, M. (2007). *Development, Security and Unending War: Governing the World of Peoples*. Londres: Polity.
- Escudé, C. (1992). *Realismo periférico*. Buenos Aires: Planeta.
- Fagan, M. (2013). *Ethics and Politics After Poststructuralism: Levinas, Derrida and Nancy*. Edimburgo: Edinburgh University Press.

- Foucault, M. (2014). *On the Government of the Living: Lectures at the Collège de France, 1979-1980*. Basingstoke: Palgrave Macmillan.
- García Pinzón, V. y Mantilla, J. (2021). Contested borders: organized crime, governance, and bordering practices in Colombia-Venezuela borderlands. *Trends in Organized Crime*, 24, 265-281.
- Guzzini, S. (2002). *Realism in International Relations and International Political Economy. The continuing story of a death foretold*. Londres: Routledge.
- Halas, M. (2014). Searching for the Perfect Footnote: Friedrich Ratzel and the Others at the Roots of Lebensraum. *Geopolitics*, 19(1), 1-18. doi:10.1080/14650045.2013.780036
- Hansen, L. (2000). The Little Mermaid's silent security dilemma and the absence of gender in the Copenhagen School. *Millennium*, 29(2), 285-306.
- Hinton, A. L.; Shani, G. y Alberg, J. (2019). *Rethinking Peace: Discourse, Memory, Translation, and Dialogue*. Londres: Rowman & Littlefield.
- Hoffmann, S. (1991). *Jano y Minerva. Ensayos sobre la guerra y la paz*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano.
- Hough, P. (2004). *Understanding Global Security*. Londres: Routledge.
- Hutchings, K. (2008). Making sense of masculinity and war. *Men and Masculinities*, 10(4), 389-404.
- Inayatullah, N. y Blaney, D. L. (2004). *International Relations and the Problem of Difference*. Londres: Routledge.
- Jara Marlés, D. y Reyes Guzmán, S. (2017). Conflicto, Estado y sujeto: otra hermenéutica de la violencia. *Criterios*, 10(1), 57-78. Recuperado de: <https://doi.org/10.21500/20115733.3077>
- Kennan, J. F. (1947). The Sources of Soviet Conduct. *Foreign Affairs*, 25(4), 566-582.
- Knutsen, T. (2018). The Origins of International Relations: Idealists, Administrators and the Institutionalization of a New Science. En A. Gofas; I. Hamati-Ataya y N. Onuf (Eds), *The Sage Handbook of History, Philosophy and Sociology of International Relations* (pp. 193-207). Londres: SAGE.
- Krippendorf, E. (1987). The dominance of American approaches in international relations. *Millennium: Journal of International Studies*, 16(2), 207-214.
- Kwon, H. (2010). *The other Cold War*. Nueva York: Columbia University Press.

- Leffler, M. (2003). 9/11 and the past and future of American foreign policy. *International Affairs*, 79(5), 1045-1063.
- Lorenzini, D. (2016). Foucault, Regimes of Truth and the Making of the Subject. En L. Cremonesi; O. Irrera; D. Lorenzini y M. Tazzioli (Eds.), *Foucault and the Making of Subjects* (pp. 63-75). Londres: Rowman & Littlefield Publishers.
- Mcorley, K. (2015). Rethinking War and the Body. En K. Mcorley (Ed.), *War and the Body: Militarisation, Practice and Experience* (pp. 233-244). Abingdon: Routledge.
- Mearsheimer, J. (2001). *The tragedy of great power politics*. Nueva York: WW Norton & Company.
- Medina, N. D. y Özmen, Y. P. (2020). Conflict and violence in Colombia: The breaking points in the peace process with the FARC. *Türkiye Siyaset Bilimi Dergisi*, 3(2), 113-135. Recuperado de: <https://dergipark.org.tr/tr/pub/tsbder/issue/56775/794302>
- Melo Estrada, O. D. y Hernández Moreno, Á. M. (2020). Migraciones de venezolanos a Bogotá (2015-2018): Disociación entre un modelo de gobernabilidad y gobernanza migratoria. En J. Rincón Ríos y C. F. Rúa Delgado (comps.), *Cargando la esperanza. Análisis de casos de la inmigración venezolana* (pp. 189-234). Bogotá: Grupo Editorial Ibáñez.
- Ministerio de Defensa Nacional de Colombia. (2019). *Política de Defensa y Seguridad para la legalidad, el emprendimiento y la equidad*. Bogotá: Ministerio de Defensa.
- Neuman, S. (1998). International Relations Theory and the Third World: An Oxymoron? En S. Neuman (Ed.), *International Relations Theory and the Third World* (pp. 1-29). Nueva York: St. Martin's Press.
- Palma-Gutiérrez, M. (2021). The Politics of Generosity. Colombian Official Discourse towards Migration from Venezuela, 2015-2018. *Colombia Internacional*, 106, 29-56. Recuperado de: <https://doi.org/10.7440/colombiaint106.2021.02>
- Peña Chivatá, C.; Sierra-Zamora, P. A. y Hoyos Rojas, J. C. (2019). La política de fronteras de Colombia ante las nuevas amenazas de seguridad y defensa. *Revista Científica General José María Córdova*, 17(28), 773-795. Recuperado de: <http://dx.doi.org/10.21830/19006586.473>
- Peña-Galindo, A. y Toca-Camargo, A. (2021). Inserción homogénea: Constitución de 1991 e inclusión indígena. En J. Wilches-Tinjacá y O. Chaparro-Rojas (Eds.), *30 años de la Constitución de 1991*, tomo 3 (pp. 149-164). Bogotá: Politécnico Grancolombiano.

- Peoples, C. y Vaughan-Williams, N. (2021). *Critical Security Studies. An Introduction*. Nueva York y Londres: Routledge.
- PNUD [Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo]. (1994). *Informe sobre desarrollo humano*. Nueva York: PNUD.
- Said, E. (1995). *Orientalism*. Nueva York: Penguin Books.
- Saussure, F. (1916). *Course in General Linguistics* (traducido por C. Bally). París: Open Court.
- Smith, W. (1980). Friedrich Ratzel and the Origins of Lebensraum. *German Studies Review*, 3(1), 51-68.
- Staunton, E. y Glanville, L. (2022). Selling the Responsibility to Protect: The False Novelty but Real Impact of a Norm. *International Studies Review*, 24(3). Recuperado de: <https://academic.oup.com/isr/article-abstract/24/3/viac014/6588671?redirectedFrom=fulltext>
- Thakur, R. y Weiss, T. (2009). R2P: From Idea to Norm and Action? *Global Responsibility to Protect*, 22-53. Recuperado de: <https://doi.org/10.1163/187598409X405460>
- Tickner, A. (2020). El concepto de la seguridad: aportes críticos. *Documento de análisis FESCOL*. Recuperado de: <https://library.fes.de/pdf-files/bueros/la-seguridad/16914.pdf>
- Todorov, T. (1998). *La Conquista de América. El problema del otro*. México D.F.: Siglo XXI.
- Trachtenberg, M. (1989). Strategic Thought in America, 1952-1966. *Political Science Quarterly*, 104(2), 301-334.
- Wæver, O. (1995). Securitization and Desecuritization. En R. Lipschutz (Ed.), *On Security* (pp. 46-86). Nueva York: Columbia University Press.
- Wæver, O. (2012). Aberystwyth, Paris, Copenhagen. The Europeanness of new “schools” of security theory in an American field. En A. Tickner y D. Blaney (Eds.), *Thinking International Relations Differently* (pp. 48-71). Nueva York: Routledge.
- Walker, R. B. J. (1993). *Inside/Outside: International Relations as Political Theory*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Wallerstein, I. (1974). *The modern world-system: Capitalist agriculture and the origins of the European world-economy in the sixteenth century*. Nueva York: Academic Press.

- Wallerstein, I. (1979). *The capitalist world-economy*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Wallerstein, I. (1996). *Abrir las ciencias sociales*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Wallerstein, I. (2005). *Análisis de sistemas-mundo: una introducción*. México D.F.: Siglo XXI.
- Walters, W. (2006). Border/control. *European Journal of Social Theory*, 9(2), 187-203.
- Waltz, K. (1979). *Theory of International Politics*. Reading: Addison-Wesley.
- Waltz, K. (2001). *Man, the state, and war: A theoretical analysis*. Nueva York: Columbia University Press.
- Ware, A. y Ware, V.-A. (2022). Everyday peace: rethinking typologies of social practice and local agency. *Peacebuilding*, 10(3), 222-241. doi:10.1080/21647259.2021.1997387